

Todos los cuentos el cuento

Libros Por José María Pozuelo Yvancos.

Llámame Brooklyn, una de las mejores novelas publicadas en la última década en España, fue el resultado de un pertinaz trabajo de años por conseguir una obra muy diferente a las que nos tenía habituados la narrativa española. Su estilo anunciaba ya una fuerte personalidad literaria que El ladrón de mapas confirma. No hay duda de que estamos ante un escritor, Eduardo Lago, cuya solidez descansa en dos atributos principales: sus muchas lecturas, pero también la variedad de ellas, de manera que este libro viene a ser un gran homenaje al cuento, a las historias, tomadas de diferentes épocas, tradiciones, países, a las que incorpora su propio estilo. De tal forma que lo mismo encontramos un cuento oriental que un homenaje a Noches blancas, de Dostoievski. Otra continuación (hinchida de horror) es la del África de Isak Dinesen, o las múltiples formas que adoptan los relatos que han bebido en narraciones periodísticas y experiencias vitales de hechos sucedidos en Brooklyn, en el Bronx, el Upper West Side... Del mismo modo que se nutre de las llamadas webstories, con las que ha ideado un marco compositivo que funciona muy bien en sus dos primeras partes, con el viaje de Sophie hacia Trieste, aunque queda más descolgado y padece mayor sufrimiento estructural en la segunda mitad del libro.

Por más que al autor le importe mucho, y así lo traduce su cuento «Leilah», no perderé un minuto en hablar del problema de la estructura y la alternativa colección de cuentos/novela marco; ni siquiera veo importante aquel sufrimiento estructural que el libro tiene, porque no me parece decisivo. Ladrón de mapas está escrito y leído en un momento en que podemos dejar a un lado las alternativas de los géneros tradicionales (y sus disyuntivas puras o impuras).

Territorios inexplorados. Se trata de volver al mapa de los cuentos y descubrir en él tantos territorios explorados como por explorar, en una síntesis que termina por convertirse en un mosaico, cuya cartografía viene dibujada por lo que resulta esencial: que las historias sean vida. Que por

eficaz que resulten su urdimbre narrativa y las posiciones adoptadas por sus registros discursivos, haya algo que los sostenga.

Leyendo «Nyala. 9 de septiembre de 1938») no puedes dejar de pensar en Said y Fanon, en cuanto dijeron de la literatura colonial y del punto de vista de dominio/subyugación. Y no resulta casual que el siguiente relato tenga a Kipling como protagonista indirecto, ya que fue autor que Edward Said estudió con esmero no menor al empleado con Conrad. Un nuevo Conrad, pero con intertextualidad de *Apocalypse Now*, nutre la horrible historia de las matanzas en Ruanda que el cuento «Francesca» arroja a nuestra retina con ese golpe que solo las historias verdaderas pueden infligirte. En un cuento así, Lago consigue que leamos lo indecible. Lo colonial después de Dinesen, de Kipling, por ese Rawling que advierte: «Solo tengo una historia digna de ser contada», y eso le salva, como quien tiene guardado un tesoro.

En la segunda mitad se visitan tradiciones distintas, con cuentos orientales, como el que contiene aquella preciosa fábula celta que ironiza sobre la fama del escritor, o la verdadera chef d'oeuvre que titula «Primer mapa del cielo», ambientada en 1599 en Flandes, con la historia de soledad de un verdugo. Bastaría este cuento, que ha cuajado preciosas imágenes de un paisaje entrevisto junto al cadalso, o ese hueco por el que mira el cielo en sus noches de insomnio, antes de su encuentro con la Muerte, para reconocer que Eduardo Lago es un escritor cuya prosa se va amoldando con exquisito cuidado al tono preciso de cada historia. Nada que ver ese registro con el «Little Man», estupendo ejemplo de relato neoyorquino de ese llamado realismo sucio, estilo elegido para decir la tiniebla de la heroína y su comercio en adolescentes del Bronx.

Arte reflexivo. No todos los cuentos tienen igual maestría. Sería impensable, e injusto para la calidad de casi todos, si no dijera que hay tres o cuatro que el libro bien pudiera haber disculpado, pero tampoco me parecería justo insistir en eso. Porque tras alguno menor, te encuentras enseguida con otro magistral, como el titulado precisamente «Chef d'oeuvre», que realiza una nueva versión del mito de Dorian Gray, que le permite acudir a un lugar que Lago ha convertido en una constante.

Su arte es reflexivo, no tiene nada que ver con la improvisación y sí mucho con las alternativas que a un contador de historias se le ofrecen hoy, como a cualquier artista. Lo nuevo/lo viejo, los antiguos y modernos cauces, el éxito y el fracaso, pero siempre la fidelidad a uno mismo como escritor.

Que esa fidelidad respire por este libro es una suerte para sus lectores. Y para él. Porque el verdadero éxito no es otra cosa, como se sabrá así que pasen pocos años.